

# LOS ULTIMOS VAQUEIROS

JUAN ZAMORA TERRES

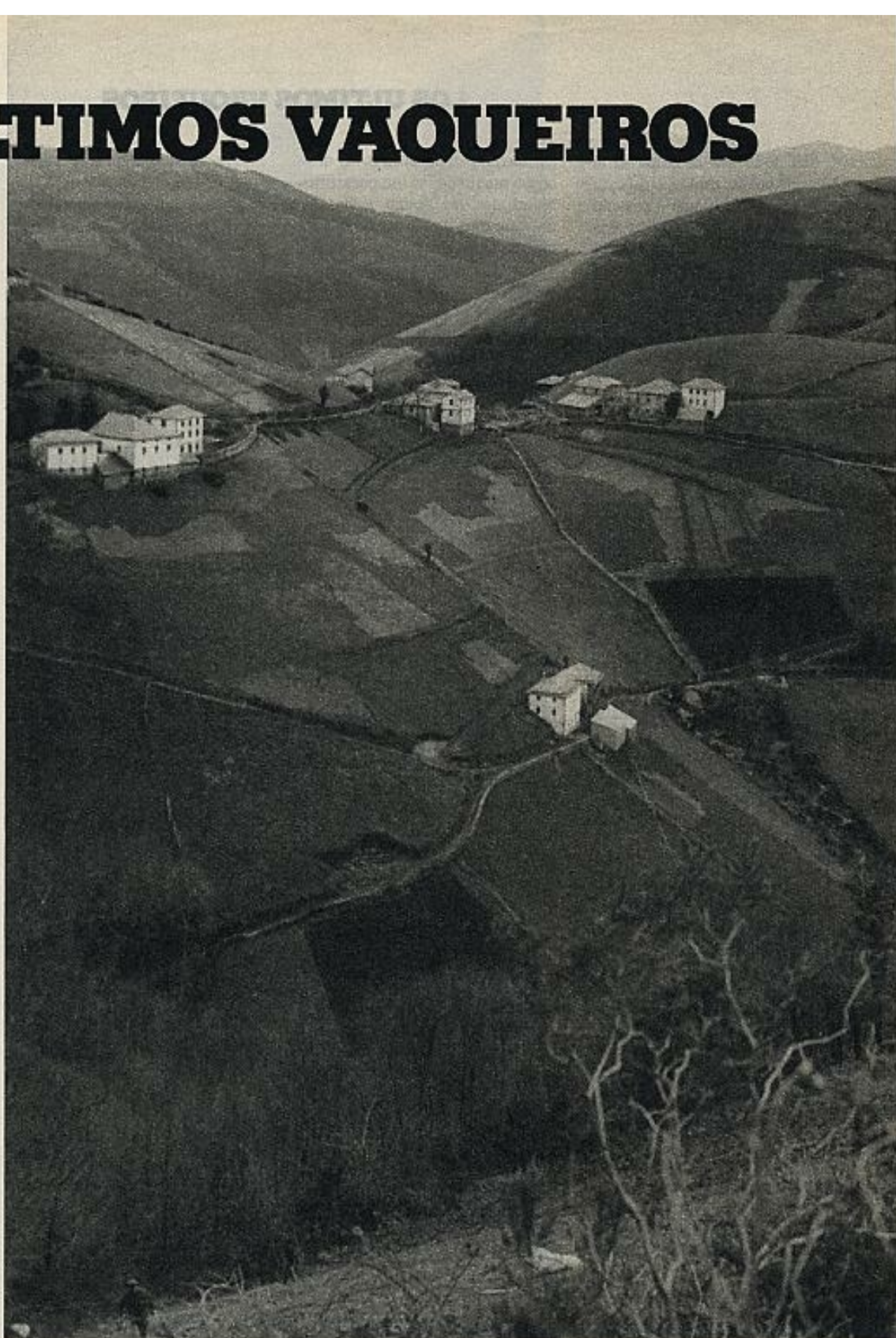
*Los vaqueiros son los habitantes de las brañas del centro y Oeste de Asturias. Su economía está basada en el cuidado del ganado, vacas fundamentalmente.*

*Mientras la braña es para los vaqueiros un grupo de casas dispersas, normalmente situadas en la falda o en la ladera de un monte dedicado a prados para pastos, los aldeanos viven en núcleos de población recogidos, con campos de cultivo más o menos extensos en los alrededores de la aldea.*

*Las diferencias de formas de vida entre los vaqueiros y los xaldos (aldeanos) han sido notables.*

*Son los exponentes del antagonismo bíblico entre el pastor nómada y el agricultor sedentario, que sólo el paso del tiempo y la lenta extensión de los avances técnicos va borrando inexorablemente. Los vaqueiros han sido durante siglos un pueblo marginado en razón de la pervivencia de sus ancestrales modos de vida. En los meses de invierno, los vaqueiros bajaban con sus rebaños a las brañas cercanas a la costa.*

*En verano alzaban sus casas en busca de las brañas altas del interior, donde el pasto para sus vacas se conservaba verde y fresco.*



Braña de Txerietxa, en el concejo de Luarca (Asturias).

**E**RA una trashumancia de poco radio, pero suficiente para convertir a sus protagonistas en un grupo extraño y perturbador de la sociedad estante y sedentaria que les rodeaba. Han sido infinitos los pleitos y procesos habidos por la contraposición de intereses entre vaqueiros y aldeanos: derecho de pastos, tierras comunales, distribución de aguas... Huelga decir que, como siempre sucede en estos casos, la parte más débil, es decir, los vaqueiros, llevaban por lo general la peor parte. Hace algo más de trescientos años, un hidalgo de la zona, don Diego das Marinas, elevó a la Corte una memoria solicitando la inmediata castración de los vaqueiros para terminar por

la vía rápida con "aquella maldita generación de moriscos".

En las iglesias de las aldeas más cercanas a las brañas se señalaba un lugar aparte para los vaqueiros. Algunas tenían una viga o madero tendido en el suelo para delimitar la separación. En otras era una piedra grabada ("no pasan de aquí a otr Misa los vaqueiros") el exponente de la marginación.

También en los cementerios, los cuerpos vaqueiros eran segregados de los demás, ocupando lugar aparte. En las procesiones, los aldeanos les negaban el derecho a llevar insignias simbólicas de la Iglesia. De todo ello, los vaqueiros conservan hoy la memoria oral.



## LOS ÚLTIMOS VAQUEIROS

—De todo eso la culpa la tenían los curas, que, siendo estudiados, dejaban hacer— nos contó Rogelio, un vaqueiro de Aristébano, hijo de la célebre Rogelia, la vaqueira a la que la Sección Femenina llevó a cantar y bailar ante el mismísimo Hitler y en honor de la cual se levantó hace más de veinte años la inútil y ridícula capilla del Alto de Aristébano.

### Las historias de los orígenes

La marginación de los vaqueiros, cuya razón es estrictamente social, basada en la diferencia de intereses con los aldeanos, se adornó y se intensificó por medio de numerosas leyendas sobre su origen. Leyendas propias de la imaginaria popular, sostenida por los siglos de aislamiento y superstición del campesino asturiano.

Decían unos que los vaqueiros eran **alpujarrenses** —de las Alpujarras, comarca de Granada—, venidos a Asturias tras el aplastamiento de su sublevación contra los Reyes Católicos. Otros, que eran descendientes de moriscos que se habían quedado en las montañas una vez que la reconquista iba avanzando hacia el Sur. Una variante de la anterior afirmaba que procedían de los grupos de mozárabes —cristianos que habían permanecido en sus tierras tras la conquista árabe en el siglo VIII—, trasplantados para repoblar Asturias por los primeros Reyes leoneses.

En ocasiones, la búsqueda de un origen exótico para los vaqueiros se remontaba a épocas muy anteriores, pretendiendo que éstos descendían por línea directa de pueblos celtas conservados milagrosamente en estado puro, o de esclavos romanos fugitivos hace más o menos dos mil años. Pintoresca resulta la leyenda que sugiere que los habitantes de las brañas son descendientes de piratas nórdicos derrotados por el buen Rey Ramiro en los siglos IX y X.

Mucho más reales parecen las tradiciones orales que se conservan en la zona y según las cuales el origen de la trashumancia vaqueira coincide con un cambio climático en los primeros tiempos de la Edad Media, que hacía imposible soportar los inviernos en las montañas donde los vaqueiros vivían de forma sedenta-

ria durante todo el año. El descenso medio de las temperaturas invernales les obligó a buscar durante esos meses otros lugares menos rigurosos y más cercanos a la costa, donde poder pastar sus ganados.

Como no pagaban todos los diezmos y tributos en las iglesias de las aldeas —no sin razón, puesto que no vivían allí de forma permanente—, eran mal mirados por el clero y los aldeanos. Sin duda, esta es una razón importante de su marginación social y de las leyendas sobre su origen maldito, aunque no la única. El aislamiento que sufrían los vaqueiros, sobre todo durante el verano, en las brañas altas, a causa de su propia condición ganadera y trashumante, tuvo como consecuencia un mayor retraso cultural, una menor influencia de la Iglesia y la pervi-

vencia de un ambiente arcaizante en el que se conservaban numerosas y antiguas supersticiones. Naturalmente, ello no hacía sino agravar las diferencias con su entorno social.

Además de ganaderos, los vaqueiros se dedicaron durante siglos al transporte a través de las montañas que tan bien se conocían. Esta actividad como arrieros les reportaba grandes beneficios y está, según parece, en el origen de las diferencias económicas entre las familias vaqueiras. Tienen un refrán popular que sintetiza con toda la fuerza de la poesía el valor del comercio: "Vale más una hora de trato que ciento de trabajo".

### Ritos y supersticiones

Al igual que todos los grupos sociales marginados, los vaquei-

ros han conservado hasta muy recientemente viejas costumbres culturales arraigadas de siglos.

En las bodas, la novia acudía a la Iglesia a lomos del mejor animal de montura existente en la braña, acompañada de un numeroso séquito de familiares y con todo el ajuar doméstico que aportaba al matrimonio. Para la celebración del casorio se preparaba un pan especial, un trozo del cual, en forma de imponente falo, estaba destinado a la novia, que había de comerlo obligatoriamente en público. El resto del pan o bollo se distribuía entre los invitados.

Se bailaba al son del pandero, las castañuelas de madera de tejo y la gaita vaqueira ("que grilla menos que la gaita gallega", tal como nos indicó un hijo de Rogelio, el único que no ha emigrado a la ciudad).

Las supersticiones eran —y lo son todavía, en buena parte— abundantisimas. La más conocida hace referencia al "mal de ojo" producido por la **envidia** de quien mal mira la prosperidad, la salud o la suerte del prójimo. El mal de ojo se concreta para los vaqueiros en enfermedades de la infancia ("mal del filo —hilo—" y mal de las lombrices), y en extraños comportamientos o trastornos del ganado: las vacas se pelean, dan sangre por las ubres en lugar de leche, se niegan a comer, los terneros no engordan...

No soy yo la persona más indicada para explicar lo que racionalmente significan cada uno de estos males, explicación que, por lo demás, no agotaría el significado cultural, psicosocial, que tienen para el pueblo vaqueiro. La enfermedad, y de ello nuestros médicos de hoy tienen sobrada experiencia, no se limita nunca a un trastorno físico, sino que es además un proceso cultural asumido de modo diverso por las diferentes épocas y civilizaciones.

El mal de ojo lo curan en las brañas las entendidas, las expertas (si la dolencia es grave; si no lo es, basta ahumar a niños y ganado con un saumerio a base de helecho, laurel bendito, hinojo, sándalo y en ocasiones un poco de estiércol), mujeres que conocen el ritual y los procedimientos para atajar la enfermedad. María Catedra cuenta en un excelente artículo sobre los vaqueiros el modo con que se cortan las



Capilla del Alto de Aristébano.



lombrices malditas de un "ajoado":

1. La entendida se santigua, toma una pequeña cantidad de jabón de una pastilla que no haya ido al agua —porque "tiene más fuerza"—, un poco de sarrio o ceniza de la cocina "pineirada" o cribada previamente y un poco de agua limpia. Mezcla todos estos ingredientes y hace una papilla.

2. Hace la señal de la cruz al niño y le aplica esta papilla en la espalda, a la altura de la columna vertebral.

3. Al mismo tiempo, la entendida recita nueve veces la fórmula mágica:

*Cortote las cocas,  
corotote las todas  
cortote las malas  
dejote las bonas.  
Cortote las del renaz (espalda)  
dejote las del arcabax (vientre).*

*Cortote las cocas  
y las largas y las cortas.  
Sólo te dejo las del cordal  
para tu corazón alimentar.*

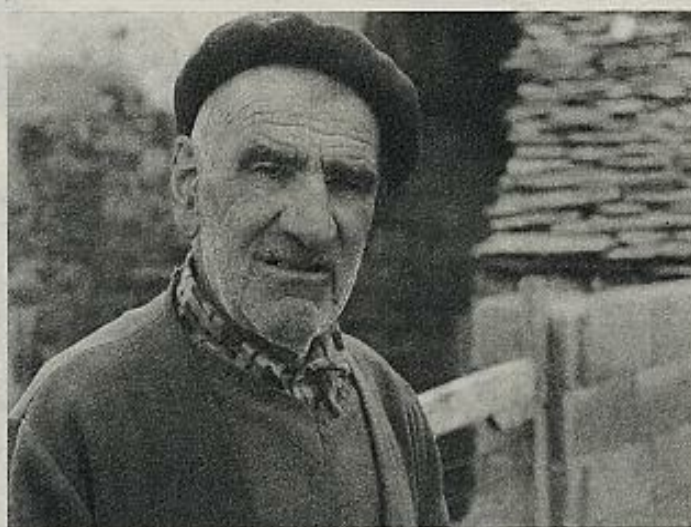
4. Seguidamente aclara con un poco de agua la papilla aplicada a la espalda del niño y observa detenidamente la piel del pequeño. Sucede que "el que las tiene (las lombrices maleficiadas) le aparecen las cabezas de las lombrices, salen a la espalda como si fueran puntas de aguja sin espetar. Ya las nota ella (la entendida)".

5. Rápidamente la entendida toma una cuchilla o navaja preparada de antemano y corta las cabezas de las lombrices. "Las lombrices mueren y el niño mejora".

Merece la pena fijarse en los ingredientes del ritual terapéutico. Otra vez signos y palabras para curar. Pero además, agua, jabón y ceniza. La propiedad de estos tres ingredientes, la idea que evoca es simplemente **limpieza**. Agua y jabón limpian cualquier cosa, especialmente el agua limpia y el jabón nuevo —sin estrenar, que tiene más fuerza para limpiar—, un hecho bien conocido entre las mujeres que hacen la colada. La ceniza no es un elemento sucio, como podría pensarse a primera vista: el fuego las ha purificado, están pineiradas, limpias, y además ceniza ha sido tradicionalmente un detergente de primer orden y el único durante mucho tiempo



Mujer vaqueira cortando leña.



Rogelio, el hijo de la Rogelia, la vaqueira que bailó ante Hitler y a quien está dedicada la capilla del Alto de Aristébano.

en la colada periódica de la mujer vaqueira.

Por tanto, el simbolismo del ritual es bastante evidente: contra la enfermedad —suciedad, polución—, jabón, ceniza y agua —limpieza—. Enfermedad y salud están asociados mentalmente entre los vaqueiros como el duelo entre suciedad y limpieza, el orden y la anomalía, y, en definitiva, la muerte y la vida.

Otras dos características culturales vaqueiras creemos interesante consignar. La primera

hace mención a la idea que los hombres se hacen de las brujas, "mujeres que no tienen pelos en sus partes". La ausencia de vello público es cosa muy temida en las brañas y se la considera causa suficiente de anulación matrimonial.

La segunda, conocida como "echar el pauto", consiste en la creencia de que unas gotas —pero sólo unas gotas— de sangre menstrual vertidas en el café de un hombre trastornan el seso del "empautao" hasta volverle loco

por la mujer a la que pertenece la sangre embrujadora. (Al margen: ¿cuántos perfumes masculinos y femeninos se anuncian hoy entre nosotros aludiendo explícitamente al mito embrujador de esta superstición vaqueira?)

## La realidad actual

La realidad social de los vaqueiros hoy es muy diferente a la de pasadas épocas. Su número en los concejos asturianos de Luarca, Tineo y Belmonte, según Jesús Villa Pastur, no va más allá de los dos mil. La trashumancia se ha acabado. Los pimientos químicos y los prados artificiales la han hecho innecesaria. Todos ellos viven en sus casas de piedra de las brañas de forma permanente. Las vacas suben en verano a los pastos de alta montaña montadas en camiones de gran tonelaje. No hay discriminación especial alguna contra ellos, más allá de la general discriminación que cualquier pobre sufre en una sociedad estructurada por y para los ricos.

Su aislamiento se ha mitigado, pero sólo en parte y muy superficialmente. Las brañas se despueblan, los vaqueiros desaparecen. Cada vez hay menos personas, por vaqueiros que sean, capaces de resistir la mísera existencia de una vida que gira sin posible pausa alrededor del ganado, de la vaca mítica y generosa.

En los últimos años, los vaqueiros —los que quedan— se han convertido en atracción turística, en curiosidad cultural de la España negra. La Sección Femenina los utilizó con profusión como ejemplo del folklore de la España eterna, los llevó a cantar y bailar vaqueiradas ante Hitler y les construyó una capillita en Aristébano para que allí celebraran sus bodas en fecha fijada previamente por los señores y señoritas del Movimiento.

Durante el mes de agosto se celebra "la fiesta y boda vaqueira" en Aristébano. Declarada de "interés turístico", su único interés consiste en contemplar una mascarada carnavalesca en la que apenas participan auténticos vaqueiros. Entre otras cosas, porque vaqueiros quedan pocos, y nadie quiere poner como atracción de feria las causas y los resultados de su retraso social. ■ J. Z. T. Fotos: JUAN ZAMORA y JAVIER GUEZURAGA.